

El GALLO de VILLLA



lito muy orgulloso y creyendo producir sensación en el auditorio.

Y que buscas aquí? Nada... Vivía sobre una veleta, en lo alto de un campanario, y cansado de ser juguete del viento, que tan pronto me llevaba de un lado como de otro, me escapé decidido a ver países nuevos y gente nueva.

En lo mejor de la charra apareció el amo y señor del corral, un gallo de vistoso plumaje, que miró torvamente al intruso.

—Es un gallo de castañarito —explicó la gallina blanca. —¡Ah! —excitó desdosoamente el rey del gallinero—. ¡Un gallo de veleta, que va dando el viento lo manda!

—Señor amo —protestó el viajero muy ofendido—. usted tan bien va donde lo manda el dueño, o sea el corral. En el mundo, todos dependemos, de alguien a quien debemos obediencia.

—Hebrás visto insularia semejante! —fuera de aquí! ¡Crees que tus ideas de veleta van a encontrar eco en mi casa? No... Aquí yo soy el amo, no pinto vasija de nada y no voy a consentir que un intruso venga a sublevar al corral o a ponerme en ridículo ante mis subditos. ¡Fuera de aquí!

Y como el gallo se encrespaba rodeado de abrigo el pico, el gallo del campanario echó a correr perseguido por el otro, que gritaba: —¡Adelante! ¡adelante!

—¡Ay!... Nunca en su larga vida había pasado el gallo un suso semejante. Estaba lloviendo y temblando.

—¡A correr a escapar cuanto antes! ¡y el gallo corrió y corrió. Saltó una tibia y... había caído en una charca.

—¡Soberbio! ¡Soberbio!

—¿Qué es eso? —dijo una rana que estaba en la orilla—. Ese gallo no es como los demás. ¡Se hundió!

Y como era una señora de muy buen corazón, corrió al borde de la charca y extendió una de sus patas, diciendo: —¡Ay!... ¡ay!... ¡yo te ayudaré.

—¡Me voy a enroscar! —dijo. Porque si bien es verdad que (Pasa a la segunda página)

¡Uuuuh! ¡Uuuuh!... El viento sopla con violencia y la veleta, situada en lo alto del campanario, giraba que era un contenido.

—Pues, señor —pensó el gallo—. Me estaré un rato. Este viento está loco. Tan pronto para un lado, tan pronto para el otro. ¡Ah, amigo!... ¿Qué te pasa?! ¿Has perdido el juicio?... ¿Crees que soy algún juguete para que te diviertas a tu capricho conmigo?... ¡Eh!...

Pero el viento no le hizo caso. Soplo con mayor fuerza, hizo gran ruido raspando la veleta y arrastró un montón de hojas secas. Estaba de muy mal humor y no le iba en nada.

Otras veces había charcado con aquel gallo de cuando se tomaba parte de la veleta, y se divertía con sus reflexiones y su moral, un poco ligera. Naturalmente, si era de hierro. Pero hoy, ¡ah!, hoy no tenía ganas de fiada. El padre, Borras le había ahorrado severamente, diciéndole: —¿Qué es eso, prezoso...? ¡Te parece bien que mientras tus hermanos los Cicolones, los Vendarates, los Fitzpatanes, estén trabajando con toda su alma, tú te conformes con soplar suavemente y mover penas ese gallo idiota del campanario... ¡Vámonos a trabajar!...

—¡A trabajar!... ¡A trabajar!

Y el viento malhumorado, empezó a soplar como no lo había hecho nunca en su vida. Y tanto soplo con tanta fuerza, que el gallo se dijo: —Este loco es muy capaz de desahucarme o arrastrarme, quién sabe adónde. Pongamos patas en polvorosa antes de que ocurra una catástrofe.

Y con un tironcito se desprendió de la veleta y echó a andar, mundo adelante. Al principio, se iba entumeciendo las patas... ¿Cuánto tiempo había peunado allá arriba, sin moverse más que para dar vueltas? No habría podido decirlo. Pero después de una caminata, ya las patas les pesaban mejor y no le dolían tanto. El ejército, cielo, díganle que digan los perzotos, es algo muy bueno.

Y pensando en lo hermoso que era vagar libremente por los prados sin tener que obedecer al viento caprichoso y tiránico, llegó hasta un corral de muy buen aspecto, y después de un revoloteo que impresionó a todos los habitantes de aquel sitio se puso sobre una tinaja que estaba boca abajo, a unos metros de un amasijo de tierra.

—¡Muy buenos días —confesó. —Muy buenos días —confesó. —Muy buenos días —confesó. —Muy buenos días —confesó.

Y una de estas agregó: —¡Qué fecha tan rara tienes! ¿De qué raza eres? —No soy de ninguna raza, soy de un gallo de veleta —contestó él.



AÑO IV
Num. 151
VALENCIA
15 de diciembre
1944

LA PIQUETA

LAPICERIN MALA SOMBRA en el cortijo

COMO EN "TOPE" NO IBA BIEN, LAPICERIN, CON CAUTELA SE METIÓ DENTRO DEL TREN.

SI ME ENCUENTRA EL REVISOR, NO SE QUE BILLETE ME VA A PICAR

¿EL BILLETE?

PUES YO SOY EL PICADOR.

VE VE VERA USTED: YO... SOY... UN TORERO

MARE FUNCIONAR EL TIMBRE DE ALARMA, Y AL PARAR EL TREN, PODRE APEARME.

UN MINUTO MAS... Y SERE LIBRE!

EL TREN PARÓ DE REPENTE; MAS NO VIO LAPICERIN, QUE PARABA SOBRE UN PUENTE.

¡MI MALA SOMBRA! ¡MAADRRE! ¡YA A... AQUÍ ME ME ESTRELLA SIN REMEDIO!

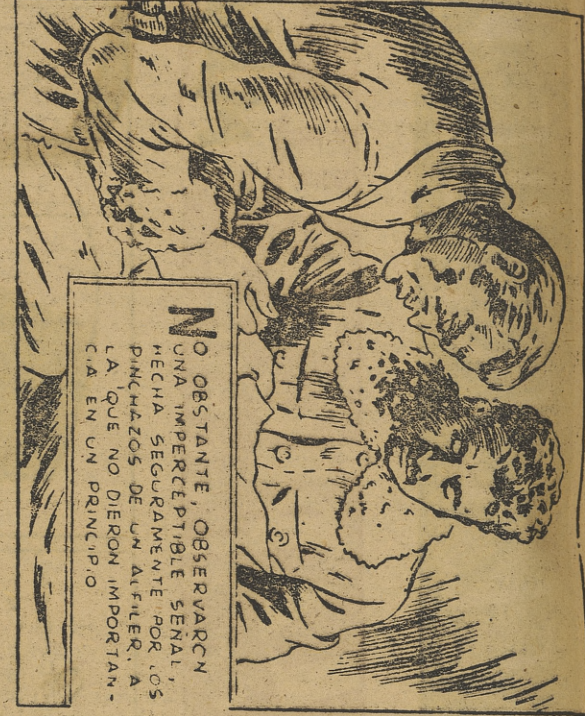
(CONTINUARÁ)

LOS BUSCADORES de ORO en ALASKA

(AVENTURAS DE JIM SAMFIR)



ERA ESTE TOSCO Y DIBUJADO SIN CUIDADO, POR LO CUAL NO PODIAN PRECISARSE CON SEGURIDAD LOS ACCIDENTES DEL TERRENO.



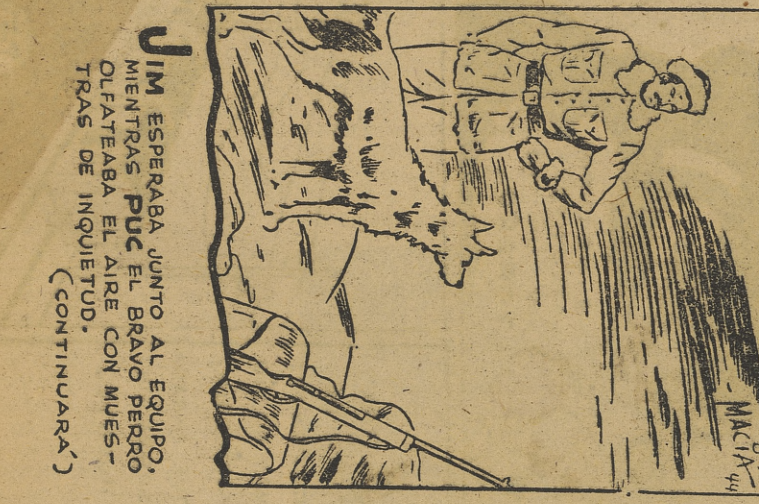
NO OBSTANTE, OBSERVARON UNA IMPERCEPTIBLE SENAL HECHA SEGURAMENTE POR LOS PINCHAZOS DE UN AFILER. A LA QUE NO DIERON IMPORTANCIA EN UN PRINCIPIO.



RESULTOS A UNA DETERMINACION NOTARON QUE ERA PRECISO ATRAVESAR EL RIO PARA LLEGAR AL PROBLEMATICO LUGAR.



ACARON DE SU EQUIPO UNO DE LOS BOTES IMPERMEABLES Y TOMY EFECTUO EN EL LA TRAVEZIA DEL RIO, SOSLAYANDO EL CHOQUE CON LOS BLOQUES DE HIELO.



JIM ESPERABA JUNTO AL EQUIPO, MIENTRAS PUC EL BRAVO PERRO OLFATEABA EL AIRE CON MUESTRAS DE INQUIETUD. (CONTINUARA)

Calamacion INFANTIL



Juan Gea 10 años.—Valencia



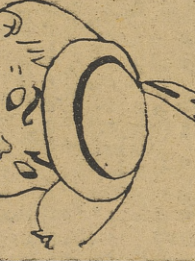
Madrid Castilla 13 años.—Valencia FOLILLA



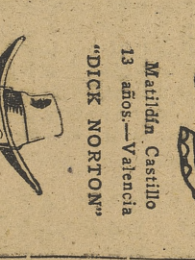
Madrid Castilla 13 años.—Valencia "DICK NORTON"



Alfonso Serrano 15 años.—Valencia



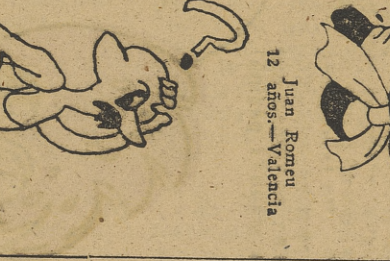
Juan Romen 12 años.—Valencia



Alfonso Serrano 15 años.—Valencia



José M. Albert 11 años.—Borbotó



Juan Gea 10 años.—Valencia



Rafael Sala 11 años.—Valencia



José Antonio Muñoz 11 años.—Valencia



"AS" 15 años.—Valencia



Rafael Sala 11 años.—Valencia

EL GALLO DE LA VELETA

(Viene de la página cuarta)

allá arriba, en el campanario, había recibido más de un chubasco, el sol o el viento lo secaban en seguida; el uno, con sus rayos, y el otro con su aliento. Pero, ahora, ¿cómo iba a quitar de su cuerpo aquel barro pegajoso, de olor insoportable?

—Amigo —dijo la rana—, sácame de una curiosidad, ¿quién eres?... Porque en mi vida he visto un gallo como tú.

—Soy un gallo de campanario... Estoy hecho de hierro forjado. —Y cómo viniste a dar aquí?

—Quería conocer mundo, pero veo que es muy malo.

—¡Malísimo! —suspiró la rana—. ¡No lo sabes tú bien!... Y menos mal que tú eres de hierro y nadie podrá hincarte el diente; pero yo, que estoy bastante gordita, tengo que escabar a cada rato de las aschanzas que me preparan los hombres: el trapillo encarnado, el farfollito, la red... Creo que al fin terminaré en el menú de algún restaurante.

El gallo se estremeció.

—¿Y quieres que te dé un buen consejo? —prosiguió la rana—. Vuélvete a tu campanario; allí estás tranquilo y seguro: nadie te molesta, nadie te persigue... Y todos te miran como a un guía. Créeme, hijo mío: No hay nada mejor que conformarse con lo que se tiene y permanecer donde se está.

El gallo comprendió que la rana tenía razón, y chorroreando aún limo por todas partes volvió a su campanario y se instaló en la veleta.

—Te echaba de menos —dijo ésta—. Espero que ya no me abandonarás.

Y el viento secó al gallo; y el sol lo calentó con sus rayos, volviendo a ser el viajero tan negro y lustroso como antes.

Y cuando llegaron los goznes a rendirle homenaje, el gallo pensó que no había mayor felicidad en el mundo: aire, sol, goznes, tranquilidad, y nubes de caprichosas formas, que parecían grandes almohadones hechos con las plumas que faltaban al gallo del campanario.

Después de nuestra disputa de ayer, estoy pensando que tenías razón, Aquiles...